

IV

Un pintor chic

Al día siguiente de la visita al estudio de nuestro amigo, el puntillista, la nieve aquella se había helado por las calles en plena posesión de su derecho ; las fuentes, en vez de manar agua, como es su misión, destilaban estalactitas cristalizadas, sembrando burbujas de vidrio, claras y transparentes ; el agua se detenía por los arroyos, acosada por el frío ; y el cielo, libre ya de la niebla, que le privara la vista de la tierra, parecía complacido de haberla cubierto de blancura y se extendía azul, sin una nube por su bóveda grandiosa.

Todo este prólogo inútil no sirve de otra cosa sino para llegar á decir que el día se presentaba espléndido y generoso, y no era del caso desairarle quedándonos en casa. Así es que nos lanzamos á la calle á darle la bienvenida, con la chistera á cuestras, gabán (con levita debajo) y guantes de piel forrada formando los moldes de los cinco dedos, correspondientes á toda mano completa.

Ya se comprenderá que tales trapitos de cristianar no los llevábamos en honra y gloria tan sólo del buen tiempo, tan amable y respetuoso con los que amamos el sol con todos sus atractivos y defectos, sino que por algo habíamos entrado dentro de la levita, y que este algo era de sumo compromiso.

Realmente lo era. Ibamos invitados á visitar el

estudio de un pintor muy en boga (que no siempre la fortuna debía de llevarnos entre bohemios), *cuyo* artista, todos los jueves recibía las visitas de compromiso ; y como á nosotros se nos juzgaba de esta alta ó baja categoría, llevábamos á cuestras lo mejor que se tiene en lo más hondo del baúl, durmiendo entre alcanfor y pimienta.

Utrillo debía presentarnos, y á las diez ya estaba en casa.

El corresponsal de LA VANGUARDIA llegó con sus mejores galas, y, para lucirlas con más garbo, no llevaba sobretodo, lo cual, si bien es verdad que imprimía á su cuerpo (falto de carnes) cierto aire simpático de marcialidad y esbeltez, que debía conquistarnos el honor de una buena acogida, en cambio tal falta de abrigo era molesto para el inteligente y simpático periodista, y le suplicamos que no se sacrificara por nosotros, es decir, le suplicamos que se abrigara.

Salimos, pues, flamantes como maniqués de sastre ; y si bien íbamos algo encogidos dentro de nuestros trajes (dále con ellos), en los que no faltaba ni un botón, marchábamos con paso ligero, alegre el corazón y *tranquila la mirada*, cuando al volver una esquina vimos un caballo que se venía al santo suelo, recibiendo en premio de su desgracia el cochero, que le cayó encima, como llovido de su pescante.

Corrimos á socorrerles, recordando análogos percances que nos sucedieron, cuando en nuestra juventud viajábamos en carro. Con tan decidida ayuda, en un momento volvieron á su posición natural coche, caballo y cochero ; pero lo que no vol-

vió á ser lo que eran, ni serán nunca lo que fueron, son el sombrero de Casas y la levita de Utrillo, en cuyo lustre y en cuyo corte habíamos fundado tan halagüeñas esperanzas.

En cambio, según es uso y costumbre en esta tierra, el cochero nos ofreció una copita en la taberna de enfrente (porque siempre que cae un caballo hay una taberna delante), y en ella se realizó el exvoto, brindando, con otra gente de coche, por la fraternidad de los pueblos, por la pronta unión de toda la raza latina y por la separación de Montmartre, y el Estado.

Salimos con las prendas de vestir deterioradas; llegamos al *boulevard de Courcelles*; entramos en un *chalet*, estilo renacimiento; subimos una lustrada escalera, seguida de una alfombra que se amoldaba á las exigencias de los peldaños, y llamamos á una puerta, que se abrió solemnemente.

Un criado nos condujo á una antesala, oscura como la de un panorama; en voz baja y aire de guardián de odaliscas nos dijo que aguardáramos un momento; así lo hicimos; entregamos una tarjeta, que recogió en una bandeja de plata; crujieron vestidos de seda, y grandes pieles deslizáronse por la alfombra; pasaron tres caballeros negros; otro criado pasó con un marco; se oyeron en el fondo exclamaciones de elogio; y, por fin, corrióse una cortina, por debajo de la cual también pasamos, buscando el agua bendita á fin de santiguarnos, y penetramos en aquel templo de la moda, con la duda de si debíamos doblar la rodilla ó tenernos en pie firme, ante el cuadro de ostentación que teníamos delante.

Utrillo nos presentó al artista con palabra fácil y algo elocuente, al son de cuya voz hicimos una reverencia bastante mal ensayada, que el pintor contestó con una sonrisa decorativa, pasada la cual nos dijo:

— ¿ Son Vds. artistas ?

Casas y yo nos miramos dudando; pero como había que decir algo, contestamos:

— ¡ Vaya V. á saberlo !

— Pero ¿ pintan Vds. ?

— Esto sí, — contestamos los dos á la vez, — y tanto como podemos.

— ¿ A qué género se dedican ?

Otra duda.

— Pintamos lo que se nos presenta delante. No tenemos contemplaciones, y procuramos copiar el natural de la naturaleza á nuestro modo.

— Pero ¿ Vds. tendrán alguna preferencia ?

— Hasta el presente, preferimos lo que nos gusta, que es cuasi todo.

— En fin, bien: ya verán lo que yo hago. Siéntense Vds., que dentro de un rato podrán contemplar el cuadro que preparo para el Salón venidero.

No deseábamos otra cosa, porque así desde un rincón podíamos observar el pintor, el estudio y la concurrencia que debía llegar, por ser día de moda.

El artista tendría cuarenta años. Era rubio, alto y de hermosa estampa, que le había ayudado mucho en el éxito de su carrera. Derecho, se *plantaba* por poco que se presentaran las circunstancias; sentado, adelantaba una rodilla, como un tenaz moribundo; dejaba caer las manos siempre sobre fondos oscuros para hacer destacar la blancura de su

piel y la esbeltez de sus dedos; acariciaba sus bucles, sin despeinarlos; llevaba el bigote á lo barítono; vestía terciopelo negro, destacándose un cuello sin planchar, del que pendía un gran lazo artificialmente descuidado; y hablaba siempre en voz baja y en tono melodioso, fingiéndose hombre que ha sufrido terribles desengaños en los aciagos días de su existencia, no comprendida de su siglo atolondrado.

De vez en cuando adoptaba una *pose* de abandono y fingía una melancólica nostalgia. Entonces, reclinado en un sofá, dejaba caer los labios como despreciando la vida, sonreía como un cordero enfermo y de repente, abriendo los ojos como si despertara de un sueño, lanzaba una miraba lánguida al estudio.

Componíase éste de una inmensa sala á lo Mac-kard, iluminada por el foro por una claraboya que dejaba pasar la luz, amortiguada por unas finísimas cortinas.

Enfrente, dentro de un grande espejo, se veía un cuadro como reflejado por una linterna mágica; y dos armaduras ecuestres brillaban en la sombra, y en todo lo que constituía el estudio se notaba un descuido hábilmente meditado.

Los cuadros parecían colocados al azar en los rincones, y, sin embargo, siempre detrás tenían una nota de damasco que, caído como del cielo, formaba armonía con la entonación del lienzo; los tapices ocultaban en caprichoso desorden otros fragmentos de telas, y siempre los pedazos ocultos, ocultos estaban con premeditación para esconder defectos que debían ser ignorados; por el suelo

las pieles parecían tiradas con olvido, y este olvido conservaba siempre los mismos pliegues, estudiados de antemano; y en la forma de las lámparas, en el desorden de los papeles, en la transparencia de las cortinas y en todos los detalles, la *pose* era llevada á grado tan refinado que hacía que el dibujo con dedicatoria de un amigo sirviera allí como nota; un retrato de hombre célebre, para llenar un rincón; y los recuerdos más íntimos, como piezas decorativas sacrificadas á la diosa Vanidad, que allí tenía su templo predilecto.

Levantóse el artista del *sofá de la meditación*, cogió la paleta de un salto, y de otro los pinceles y como si la inspiración le hubiera entrado, sin llamar, por las puertas del cerebro, se puso frente á un gran retrato que estaba preparando, y rogó á la señora retratada que se plantara antes que el fuego sacro de su genio no se fuera con la música á otra parte.

Así lo hizo la elegante dama. Dejó caer la mano aristocrática sobre el vestido (un vestido encarnado con adornos de oro viejo), irguió la cabeza en noble actitud y soberano desprecio, terció las espaldas color de nácar y transparencias rosadas, y lanzó la mirada á lo alto, á lo más alto posible, quieta como una reina de mármol del Luxemburgo, sin atreverse á mover, conociendo las genialidades del artista.

Este pintaba el fondo, sin embargo, y sólo miraba el modelo por puro compromiso.

La cabeza echada atrás, entornaba los ojos, se apartaba á distancia, se acercaba de nuevo y atacaba el cuadro de frente, haciendo nadar el carmín

sobre la tela, como si quisiera ahogar su genio en aquel lago de sangre.

— Muy bien, muy bien, — decían á cada nueva embestida dos viejos caballeros que contemplaban la obra espeluznados, como si el pintor hubiera hecho un salto mortal ó un equilibrio de mérito. — ¡ Qué facilidad y destreza y qué ligereza de manos ! De oro deben ser las que prodigan tanta belleza.

— Hoy no estoy inspirado, — dijo el artista, despreciando el elogio. — Mis nervios son susceptibles á todas las sutilezas, y hay días que mi talento decae y me siento desfallecido. El arte no siempre me protege : hay momentos que me olvida y me deja abandonado, y hasta que la reacción se apodera de mi espíritu, mis obras se resienten del estado de mi ánimo.

Resentidas ó no, el pintor continuó ejerciendo de genio. Modeló el traje con pinceles de alto bordo, indicó á brochazo limpio el dibujo de una alfombra, y, emprendiéndolas de nuevo con el fondo, en un momento vació un caudal de tubos, que fué lanzando como cartuchos gastados, y que iba recogiendo un criado correctamente vestido.

Acabóse la sesión. Marchóse la señora con los dos admiradores (que no supimos si lo eran del retrato ó de la dama retratada), y al quedar solos nos dijo el artista, mientras borraba los toques de genio mal dirigidos:

— Hoy trabajo por puro compromiso, porque generalmente los jueves los destino á enseñar mis obras á mis numerosas relaciones. Molestaos un momento, que dentro de poco vendrán unos clientes

y podréis ver, por fin, el cuadro y darme vuestro parecer sincero.

El primero en llegar fué un *marchand*, vestido correctamente, que en voz baja, pero no tanto que no pudiera ser comprendida, dijo sin rodeos :

— Necesito dos cabezas más, para mañana. El mismo tipo rubio de siempre, que es el que gusta más á los compradores ingleses.

— Ya sabéis que nada puedo negaros. Pintaré las testas que me pedís, procurando hacer el mismo perfil y poner los mismos tonos que en el mercado tengo ya acreditados; pero tenéis que aumentarme el precio, porque no quiero que abuséis de la inspiración que malgasto en cumplir tan vulgares compromisos.

— No hablemos de inspiración, amigo mío, — dijo el negociante ; — esa palabra buena es para empleada en las grandes ocasiones, como figura retórica; pero ya sabéis que nos conocemos hace tiempo y no debéis tratarme de cumplido.

— Así sea, — dijo el artista ; — pero tratadme mis obras como merecen.

N. — ¡ Si me oyérais alabarlas á los buenos compradores !

A. — Por vuestro interés las alabais, que no por amor al arte.

N. — Jamás ni vos ni yo fuimos grandes enamorados.

A. — Sea .Os mandaré las cabezas, pero diréis que os cuestan mucho más caras, — dijo mirándonos y sonriendo.

También sonreímos y nos miramos nosotros.

— Tan caras como querais: soy pródigo en los precios nominales.

Después de este platónico diálogo, fueron llegando las visitas anunciadas. Llegó primeramente un caballero, con testa de senador, condecorado en el gabán, americana y chaleco, á más de serlo con más años que *Chevreul*, decano en todo y por todo; una gran dama, cubierta de ricas pieles ocultando la suya, que debía darle alta ejecutoria de nobleza por ser de pergamino; una joven sola, con sus lentes, tipo acabado de discípula del conservatorio y copista del museo; un joven elegante, con monocle y sobretodo ampliamente cruzado sobre su cuerpo enclenque; y, por fin, un grupo de señoras que con el *frou-frou* de sus vestidos, la risa de su sonora garganta y el perfume *afiligranado* que despedían sus trajes de suavísimos colores, animaron el estudio y le dieron el encanto de la vida que le faltara hasta entonces.

El artista tuvo frases calculadas para todos: de respeto para el condecorado, de protección para el joven del monocle, de galante compañerismo para la copista romántica, y de finura enfermiza y melancólica para las apuestas damas, hasta que, creyendo oportuno el momento de enseñar su obra á su público escogido, tocó una campanilla que hizo comparecer dos criados con un gran cuadro, oculto detrás de un tapiz de Gobelinos.

Corrióse aquella cortina con grandioso espectáculo, y vimos, por fin, la obra deseada.

El asunto no era nuevo. Y ¡qué había de ser! Otra Juana de Arco, con la misma armadura mujerial de siempre, con idéntico entusiasmo del lado

de los franceses, y con el mismo pavor y sobresalto en las filas del ejército enemigo. La doncella de Orleans miraba al cielo; el ejército miraba á la doncella; el cielo miraba á la doncella y al ejército; y nosotros mirábamos ejército, doncella y cielo, buscando algo que poder alabar, sin encontrar ni un asomo de aquel genio que tan bien hubiéramos pagado para salir del paso y salvar el compromiso.

Pero el coro de alabanzas estalló débil primero, luego más nutrido, y general por fin. Bajo aquellos bravos y exclamaciones de elogio pudimos pasar desapercibidos, sin ser consultado nuestro humilde pero firme parecer en aquel acto.

¡Triste hubiera sido, aunque no escuchado, darlo con franqueza! El efecto que nos hizo aquella casa, aquellas obras, aquel público y aquel artista fué frío como un invierno sin fuego; tan frío que tuvimos que salir y pisar la nieve por la calle y subir la nevera de Montmartre para hacer entrar en reacción nuestro espíritu, ya que más calor sentimos bajo un cielo que nos enviaba blanquísimos copos de nieve, que bajo aquel techo de fuego artificioso, donde el arte era fingido y la estufa, al dar calor en el cuerpo, dejaba el frío en el alma.